

—Un marido ideal— repetía de nuevo.

—¡Cuánto me gusta!—decía el demonio tentador. Yo en tu lugar le devolvería con gusto su beso.

Georgina, escandalizada, se tapó los ojos; el duen apóstol continuó:

—Nada más que un beso, ahí, sin ruido, sobre su nombre. Yo no diré nada.

La joven protestó; mas sin saber cómo, la página se halló bajo sus labios; siguió protestando, pero sus besos continuaron al mismo tiempo.

Al salir de aquel éxtasis de amor, contempló un rayo de sol sobre su lindo pie, y confusa recogió la colcha con temblorosa mano al oír girar la llave en la cerradura.

El tarjetero de baile, deslizándose entre los encajes, desapareció rápidamente bajo la almohada.

La puerta se abrió; era la doncella.

## EL IDEAL DE AMOR

---

## EL IDEAL DE AMOR

---

### I.

¿Es mi ideal una gran señora ricamente vestida de raso y terciopelo, cubierta de encajes y brillantes, sonriendo á mis frases de amor muellemente reclinada en una marquesita de misterioso tocador? ¿Es aristocrática duquesa, monísima y delicada como un ensueño, que arrastra sobre mullida alfombra los pliegues ondulantes de su falda, haciendo mimosos mohines más dulces que una sonrisa?

¿Es mi ideal una graciosa menestrala, de menudito paso, que al recoger su vestido para saltar un arroyuelo busca con la mirada elogios para su bien torneada pierna? ¿Es acaso la joven fácil de conquistar, que bebe en todos los vasos, vestida un día de gro, otro de grosero percal, y halla en los tesoros de su corazón un trozo de amor para cada hombre que lo solicita?

¿Es mi ideal la rubia niña arrodillada al lado de su madre para elevar al cielo su cotidiana plegaria? ¿La virgen loca que me llama por las

noches en la sombra de las estrechas callejuelas? ¿La robusta aldeana que dirigiéndome una mirada al cruzarse en mi camino, guarda mi recuerdo en medio de los trigos y las vendimiadas viñas? ¿La mendiga á quien socorre mi mano? ¿La mujer de otro, amante ó marido, á quien seguí un día y no volví á ver más?

¿Es mi bello ideal alguna hija de Europa, blanca como el alba? ¿hija de Asia, de amarillo rostro como la puesta del sol? ¿ó una hija del desierto, negra cual una noche de tempestad?

¿Está mi ilusión adorada tan sólo separada de mi por débil muro? ¿Está más allá de los mares? ¿está por encima de las estrellas?

¿Aún no ha nacido mi deseada ilusión, ó ha muerto hace siglos?

## II.

Ayer, siempre dominado por afán de buscarla, me dirigí á una feria celebrada con motivo de ser la festividad de un barrio, cuyas calles llenaba el pueblo vestido de gala.

Acababan de encender los faroles. La avenida estaba adornada de trecho en trecho con largos palos revestidos de azul y amarillo, á cuyo extremo descansaban jarroncitos de ricos colores, llenos de encendidas mechas; el viento esparcía por to-

dos lados el humo de tan caprichosa luminaria. Colgados de los árboles se mecían mil farolillos venecianos; á su rojiza luz veíanse repartidas con profusión varias barracas cubiertas con abigarradas cortinas. Los puestos de loza, de almendras y caramelos cubiertos de ordinario barníz, las relucientes muestras, todo se destacaba de entre la oscilante claridad de las lámparas colgadas.

Enrarecían el aire los olores del polvo, del petróleo, del aceite y de los buñuelos, envueltos y confundidos con las notas chillonas de los organillos, con los gritos de los enharinados payasos, que reían y lloraban bajo un diluvio de cachetes y puntapiés repartidos entre ellos para contentamiento del vulgo. Una nube sofocante pesaba sobre tan estrepitosa alegría.

Por encima de aquella nube y sobre aquellos ruidos se extendía un cielo de verano, puro y melancólico cual si un ángel acabara de iluminarle para alguna fiesta divina.

Perdido en medio de la multitud, sentía cada vez más la soledad de mi alma al seguir con la vista á las lindas jóvenes que me sonreían al pasar como diciéndome: «¡No volverás á vernos!» Ante la idea de tantos labios enamorados entreabiertos un instante y perdidos para siempre, una secreta angustia se infiltraba en mi corazón.

Con paso lento llegué á una plazoleta, á cuya izquierda y apoyada en un olmo, se veía una barraca aislada; detúveme ante su estrecha puerta,

y allí llamó mi atención un hombre vestido de mago con larga túnica negra y cucurucho sembrado de estrellas, que arengaba á los grupos subido en un banco.

—¡Entren ustedes—gritaba—entren ustedes, caballeros; entren las lindas señoritas! Acabo de llegar del fondo de las Indias para traer la dicha á todos los corazones; allí he conquistado con peligro de mi vida el espejo del amor que guardaba un horrible dragón. Apuestos mancebos, bellas muchachas, á todos os traigo la realización de vuestros deseos. Entrad, entrad á ver vuestro bello ideal. Por dos cuartos veréis vuestra ilusión cumplida.

Una vieja levantó el cortinaje que cubría la entrada, gritando con destemplada voz: «Por dos cuartos veréis á la mujer que os ama. ¡Entrad á ver el rostro de la mujer que os ama!»

### III.

El mago comenzó una estrepitosa sinfonía, mientras la vieja se colgaba de la cuerda de una campana para servirle de acompañamiento.

La gente dudaba, y era natural, al ver que no se trataba de ningún asno sabio jugando á las cartas, de ningún Hércules levantando pesos de cien libras, de ninguno de los espectáculos favori-

tos del vulgo sencillo, sino simplemente de conocer cada cual á su bello ideal, cosa de que pocos se ocupan y que no promete la más ligera emoción.

Solo yo escuché con interés el llamamiento del hombre del largo manto, porque sus promesas respondían perfectamente al secreto deseo de mi corazón, pareciéndome que la Providencia y no la casualidad dirigía mis pasos. Aquel miserable ser creció singularmente á mis ojos; al verle leer mis secretos pensamientos y mi ilusión, me hacía ver fija en mí su mirada penetrante, al propio tiempo que seguía su música infernal, invitándome á entrar con potente voz.

Al ir á traspasar el humilde dintel de la puercecilla me sentí detenido, y al volver la cabeza me hallé con un hombre que sin consideración me tiraba de los faldones de la levita. Era un hombre alto, delgado, de grandes manos cubiertas por ordinarios guantes de hilo, sombrero grisiento, traje negro, de rozados codos, y miserables pantalones llenos de grasa y lodo. Doblóse cuanto pudo para hacerme una profunda reverencia, y después con atiplada voz me espetó á quemarropa este discurso:

—No me agrada, caballero, que un joven bien educado, dé tan mal ejemplo á las masas, y por lo menos es una gran ligereza proteger en su impudencia á ese tuno de malos instintos, cuyas palabras grandemente inmorales arrastran á los jóvenes

nes á una corrupción de la vista y del espíritu. Si, caballero, el pueblo es débil, y por tanto los hombres fuertes por la instrucción, tenemos el grave é imperioso deber de no ceder á tan culpables curiosidades, de ser dignos en todo, ya que la moralidad social depende de nosotros.

Yo le escuchaba sin poder desprenderme de sus dedos fuertemente asidos á mi ropa, contemplando con extrañeza su cuerpo aún inclinado, su sombrero en la mano y la tranquilidad complaciente con que pronunciaba su discurso; y de tal modo fijé en él mis ojos, que adivinando aquel personaje una pregunta en mis miradas, replicó de este modo:

—Caballero, soy el amigo del pueblo y tengo por misión la felicidad humana.

Pronunció aquellas frases con mal disimulado orgullo, irguiéndose bruscamente cuanto su estatura daba de sí. Le volví la espalda y me dirigí hacia el interior de la barraca; pero antes de entrar volví el rostro para verle por última vez en medio de la explanada arreglando con una mano el guante de la otra, cruzándose luego de brazos y mirando con ternura á la vieja compañera del mago, el amigo del pueblo.

#### IV.

Dejé caer la cortina y me hallé dentro del templo. Era una especie de habitación larga y estre-

cha, sin asientos, de cubiertos muros, todo iluminado por un solo quinqué. Algunas personas, entre las que abundaban las muchachas curiosas y los jóvenes incrédulos, se encontraban reunidas en tan limitado recinto, sin desorden, sin ruido, limitándose al sitio que destinaba á cada sexo una cuerda extendida en medio del cuarto para separarlos.

El espejo del amor no era más que dos cristales, uno en cada departamento, colocados de manera que dejasen ver al que acercara á ellos su vista el interior de la barraca. El prometido milagro se efectuaba con sencillez admirable, pues bastaba mirar por aquellos cristalitos para ver al otro lado sin necesidad de truenos, rayos ni magias, aparecer la mujer amada. ¡Cómo no creer en una visión tan natural!

No me atreví á intentar la prueba en el momento de mi llegada. La vieja me miró al pasar tan fijamente, que sus brillantes ojos me causaron un frío extraño; no sabía lo que me esperaba tras los vidrios, y temblaba ante la idea de ver destacarse del fondo algún rostro horrible de hundidos ojos, de amoratados labios, ó alguna anciana decrepita, ávida de sangre joven, de las que me torturaban en mis nocturnas pesadillas. Las lindas cabecitas rubias, con que sueño á veces para poblar el desierto de mi vida, huían de mi imaginación para dejar paso á todas las feas que me asediaban con su afecto, y me detenía precisa-

mente el temor de ver ante mi una de aquellas sonriendo á mi necia curiosidad.

Me retiré á un rincón de la pieza para adquirir valor y fijarme en los que, más atrevidos que yo, consultaban su destino sin tanta vacilación. Hallé gran placer en el espectáculo que ofrecían tan diversos tipos, abriendo desmesuradamente un ojo, cerrando el otro con la mano, sonriéndose más ó menos según la visión era ú no agradable, todos inclinados á la altura de los cristales. Bien grotescos me parecieron aquellos hombres que iban en fila á divisar el alma gemela de la suya por un agujero de algunos centímetros.

Dos soldados se adelantaron, y tras ellos un sargento, tostado por los rayos del sol de Africa, y un joven recluta, con más facha aún de labrador que de militar, envuelto en un capote tres veces mayor que él. El sargento se sonrió escépticamente; el quinto permaneció largo rato contemplando la visión que halagaba su amor propio.

Llegó después un hombre grueso, vestido de blanco, de faz enrojecida y carnosa, miró tranquilamente, sin expresar disgusto ni alegría, como si fuese la cosa más natural del mundo encontrar una mujer que le amase.

Tras él, tres estudiantes de quince á diez y seis años, de insolente mirada, llegaron empujándose uno á otro para hacer creer á las gentes que tenían el honor de estar borrachos.

Sucedíanse los curiosos, y me sería imposible

recordar hoy las diferentes expresiones de fisonomía que tanto me chocaron entonces. ¡Oh visión de la mujer amada, cómo haces hablar á los ojos! Ellos eran en aquella ocasión los verdaderos espejos del amor, donde la gracia de la mujer se reflejaba con brillantes colores, donde la lujuria se amparaba en la brutalidad y en la ignorancia

## V.

Las muchachas al otro lado se divertían de más honesto modo, sin que yo leyese en sus caras otra cosa que curiosidad; nada de deseos indignos, ni un mal pensamiento siquiera. Iban lanzando á su vez una mirada de asombro por la pequeña abertura, y se retiraban, las unas un poco preocupadas, las otras riendo como locas.

La verdad es que ignoro por qué iban allí. Si yo fuese mujer, por pobre que fuese mi belleza, no tendría jamás la estúpida idea de molestarme en ir á ver el hombre que me amase. Los días en que mi corazón llorase por estar solo, si eran los días hermosos de primavera y sol esplendoroso, me iría por un sendero de flores, para hacerme adorar por cualquier paseante. Por la noche volvería rica de amor.

Mis curiosas no eran todas lindas. Las guapas se burlaban de la ciencia del mago, pues desde

hacia mucho tiempo no la necesitaban; las feas no habían asistido nunca á fiesta parecida. Llegó una de pelo escaso y boca grande, que no podía separarse del espejo mágico; en sus labios se dibujaba una sonrisa alegre y satisfecha, como la del pobre que sacia su hambre después de un largo ayuno.

Me preguntaba qué ideas seductoras se despartarian en aquellas cabezas locas. El problema era bien sencillo: todas habían visto en sueños, con absoluta certeza, un príncipe ante sí, puesto de rodillas; todas deseaban conocer mejor al amante que recordaban confusamente haber visto despiertas. Habían experimentado grandes decepciones, pues los príncipes van siendo escasos y los ojos de nuestra alma, que se abren de noche ante un mundo mejor, son mucho más complacientes que aquellos de que nos servimos durante el día. Hubo allí grandes alegrías; el sueño se realizaba; el amante estaba dotado del retorcido bigote y del negro cabello soñado.

De este modo cada una vivía en algunos segundos una vida de amor. Novelas sencillas, rápidas como la esperanza, que se adivinaban en el rubor de las mejillas y en las palpitaciones de su seno.

Después de todo, aquellas muchachas acaso eran tontas, y yo otro tonto que creía ver tantas cosas, cuando allí no había en realidad nada que ver. A pesar de eso, me tranquilicé al estudiarlas,

pues observé que todos, lo mismo hombres que mujeres, parecían completamente satisfechos de la aparición. El mago no tenía el mal corazón de causar un disgusto á las gentes que le entregaban dinero.

Al fin me acerqué, y aplicando, no sin emoción, mis ojos al vidrio, divisé, entre dos cortinones rojos, á una mujer apoyada en el respaldo de un sillón; se hallaba iluminada por dos quinqués ocultos, y se destacaba su cuerpo de una tela pintada de obscuro que la servía de fondo.

Mi bella adorada vestía larga túnica blanca mal sujeta al talle, y cuya ondulante cola se extendía cual si fuera una nube; adornaba su cabeza un fino velo de tul sostenido por lindísima corona de amapolas silvestres; parecía un ángel de blancura é inocencia.

Se apoyaba coquetonamente, volviendo hacia mí los ojos, de un lánguido azul, y parecióme encantadora bajo aquel velo, con sus trenzas colgando entre el tul su pura frente virgen, sus delicados labios y los hoyitos de sus mejillas, ni dos preciosos para guardar besos de amor. A la primera impresión parecióme una santa; á la segunda, una mujer deliciosa y poética.

Me enviaba con la punta de sus dedos incitantes besos llenos de voluptuosidad que no parecían salir del reino de las sombras, y viendo que no desaparecía, fijé los rasgos de su fisonomía en mi memoria y me retiré de allí.

El amigo del pueblo, aquel grave moralista entraba en aquel instante recatándose de mí, dando ejemplo de una culpable curiosidad, sin poder contener los ímpetus de su deseo.

## VI.

Me hallé de nuevo en la calle, en medio de la multitud, decidido á buscar la mujer soñada, ya que conocía su angelical sonrisa.

El humo aumentaba, crecía el tumulto y el pueblo se apiñaba á la entrada de los puestos y barracas, ebrio de alegría, sin temor de ser asfixiado.

Yo avanzaba por entre un ejército de cófias blancas, de lujosos sombreros, empujando á los hombres, dejando paso al sexo femenino y mirando sin cesar para preguntarme luego: ¿será mi adorada visión aquella de la capota color rosa? ¿será la de la cofia de tul adornada con lazos color lila? ¿la del sombrero de plumas blancas? ¡Pobre de mí! La de la capota tenía sesenta años; la de la cófia era espantosamente fea y se apoyaba en el brazo de un cabo de gastadores, la del sombrero reía con estrépito abriendo cuanto podía sus hermosos ojos, que no reconocí ser de mi ídolo.

No sé qué extraña angustia, qué nube de tristeza se desprende siempre de entre la multitud

compacta, semejante á un soplo de terror y piedad. Nunca me he encontrado entre las masas del pueblo sin experimentar cierto malestar nacido de la idea de que una espantosa catástrofe amenaza á tantos hombres reunidos, de que un solo rayo, sorprendiéndoles en toda la exaltación de sus gestos y voces, puede bastar á dejarlos inmóviles y eternamente silenciosos.

Detuve poco á poco mi paso, mirando tan franca alegría, ante un árbol iluminado por la luz amarillenta de los faroles, á cuyo pie se hallaba un viejo mendigo, al cual la parálisis había torcido su demacrado cuerpo, y levantando su huesosa faz desfigurada por un compungido gesto para excitar más la caridad, daba á sus miembros la apariencia de los escalofríos de la fiebre, mientras las jóvenes, frescas y coloradas, pasaban riendo ante tan repugnante espectáculo.

Más allá, á la puerta de una taberna, reñían dos hombres que en su inaudita furia habían tirado al suelo los vasos, vertiendo el vino, que al correr por el suelo parecía la sangre vertida por sus heridas.

Cambiáronse en mis oídos las risas en sollozos; las luces me parecieron un vasto incendio; giraron los grupos presa del terror, mientras yo, sintiéndome morir de tristeza, interrogaba la faz de las mujeres sin lograr ver mi ideal amado.



## VII.

Un hombre de pie, al lado de un farol, contemplaba la luz con absorta mirada, como si en su foco buscase la solución de algún grave problema: era el amigo del pueblo.

Al volver la cabeza me vió, y dirigiéndose á mi, me habló de este modo:

—Caballero, el aceite empleado en estas fiestas cuesta á cuatro reales litro; de cada litro salen veinte jarroncitos como los que ve usted sobre esos troncos; de modo que cuesta cinco céntimos próximamente cada luz; además de esos otros de seis brazos con ocho jarroncitos cada uno, he contado sesenta en toda la extensión de la avenida.

Al hablar así, el amigo del pueblo gesticulaba recalcando las cifras, inclinándose como para colocarse á la altura de mi pobre inteligencia; cuando calló, se echó hacia atrás en señal de triunfo, mirándome de frente con petulancia.

—¡Trescientos ochenta y cuatro francos en aceite—exclamó—mientras el pobre pueblo carece de pan! Yo pregunto con lágrimas en los ojos si no sería más honroso para la humanidad distribuir esos trescientos ochenta y cuatro francos entre los tres mil indigentes que existen en el barrio. Tan caritativa medida les daría pan. Es

una idea que debe asaltar á todas las almas tiernas, ¿verdad, caballero?

Notando mi extrañeza, continuó con plañidera voz, estirando sus guantes:

—Los pobres no deben reír. Es deshonroso que olviden por una hora su pobreza y su miseria. ¿Quién llorará por las desdichas del pueblo, si el Gobierno le proporciona á menudo tan ruidosas fiestas?

Enjugó con la manga una lágrima, y me dejó para ahogar su emoción vaso tras vaso en el mostrador de una taberna.

## VIII.

Ya el último farolillo de los puestos acababa de apagarse; la muchedumbre se alejó, y á la pálida luz de los reverberos no se veía más que alguna forma negra cruzar, parejas rezagadas de enamorados, borrachos y algún agente de la policía. Las barracas se extendían tristes y silenciosas á los dos lados de la gran avenida, como tiendas de campaña en campo desierto.

El viento húmedo de la mañana agitaba las escarchadas hojas de los álamos, y un viento delicioso y fresco reemplazó á la sofocante atmósfera de la noche. El imponente silencio, la transparente sombra del infinito, caían lentamente desde la altura del cielo, para que la fiesta de las

estrellas sucediera á la fiesta de las luces. Ya era tiempo de que las gentes juiciosas comenzaran á divertirse un poco.

Mi despejada frente esperaba la hora de su anhelada dicha. Caminaba á buen paso, subiendo y bajando por los senderos, cuando creí ver una sombra que con rápido paso llegaba hacia mí sin aparentar haberme visto, y en cuya ligereza y cadencioso ritmo de su ropaje adiviné á una mujer.

Iba su cuerpo á chocar con el mío, cuando levantó instintivamente los ojos, y en su rostro, iluminado por una luz vecina, reconocí con estupor el rostro de mi bello ideal de la barraca, no adornada por los blancos velos de tul, sino pobremente vestida de percal. Me pareció en su miseria, dulce, encantadora, aunque algo pálida y cansada; pero no había duda, era ella, con los hermosos ojos, los acariciadores labios de la visión, suavizados por los rasgos dulces del sufrimiento.

Al detenerse un segundo ante mí, yo con rápido movimiento cogí su mano y estampé en ella un beso; la joven levantó la cabeza sonriéndome vagamente, sin intentar huir de mi lado, hasta que al verme mudo de emoción y embeleso, encogióse de hombros y emprendió de nuevo su rápida marcha.

Corrí á su encuentro, enlacé mi brazo á su tallo, y ella, con sonrisa forzada, murmuró en voz baja con estremecimientos continuos:

—Marchemos pronto; tengo mucho frío.

¡Pobre ángel mío, tenía frío! Bajo el ligero abrigo negro que la cubría tiritaba su cuerpo, helado por el viento húmedo de la noche. La besé en la frente y la pregunté con amor:

—¿Me conoces?

Por tercera vez levantó sus ojos y sin vacilar respondió:

—No.

Tan lacónica respuesta me desconcertó hasta el punto de sentir un frío extraño recorrer mis venas.

—¿Dónde vamos?—pregunté.

Alzó los hombros, con un gesto de completa indiferencia, diciendo con voz infantil:

—Donde tú quieras; á mi casa, á la tuya; ¿qué me importa?

## IX.

Seguimos andando por la avenida de árboles. En un banco sentados discutían gravemente dos militares, uno haciendo serias reflexiones, otro escuchando con respeto; eran el sargento y el quinto de la barraca, el primero de los cuales me dirigió un saludo burlón, murmurando.

—Alguna vez prestan los ricos, caballero.

El quinto, de alma más sencilla y tierna, me dijo con doliente tono:

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO ALTES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Era el único bien que poseía, señor, y usted me roba á la mujer que me ama.

Sin escuchar sus quejas crucé con ella al otro lado de la calle.

Allí tres mozalbetes vinieron hacia nosotros cogidos del brazo, cantando á gritos. Reconoci á los estudiantes, los cuales ya no tenían necesidad de fingirse borrachos; lo estaban realmente, y lo probaban con estruendosas carcajadas que nos escoltaron gran trecho, mientras me gritaban los desdichados cada uno por su lado:

—¡Eh, amigo, esa mujer te engaña; es mi amada, mi bello ideal!

Frio sudor inundaba mis sienes; precipité mi paso para huir de allí, sin pensar en la mujer que oprimía con mi brazo; pero al fin de la calle, al ir á dejar aquel maldito sitio, tropecé con un hombre cómodamente sentado al borde de un arroyo. Con la cabeza apoyada en las manos, la mirada fija en el cielo, se entregaba á una meditación profunda.

Volvió los ojos, y sin abandonar su postura.

—¡Ah! ¡es Vd., caballero! me dijo balbuciente. Bien podía Vd. ayudarme á contar las estrellas, porque aunque he contado muchos millones, temo que se me escape alguna. De la estadística depende la dicha de la humanidad. ¿Sabe usted cuánto cuesta una estrella? ¡Con seguridad ha malgastado Dios una gruesa cantidad en el cielo, mientras el pueblo carece de pan! ¿Para qué sir-

ven tanta lucecitas? ¿acaso se comen? ¿cuál es su aplicación práctica? Dios no ha tenido nunca la menor noción de economía social.

Paseó á su alrededor vagas miradas, alzando la cabeza con aire de indignación; coloreó su rostro una ola de sangre, y tendiendo ávidamente los brazos exclamó:

—¡Eh, caballero! esa mujer es mía, es mi ilusión soñada.

## X.

.....  
 «Sí—me dijo—soy pobre y hago lo que puedo para ganarme la vida. El anterior invierno pasaba quince horas encorvada por el rudo trabajo de un oficio con el cual apenas ganaba para el pan de cada día; al llegar la primavera arrojé mis agujas por la ventana después de encontrar una ocupación menos fatigosa y más lucrativa.

»Me vistó de muselina y tul blanco todos los días, y en un reducido espacio, apoyada al respaldo de un sillón, tengo por toda obligación sonreirme desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche, haciéndolo saludos, enviando besos al aire, para cobrar tres francos por día.

»Frente á mí, detrás de un cristal unido á un

biombo, contemplo sin cesar unos ojos que me miran, ya negros, ya azules, que turban mi reposo y me siguen por doquier causándome locos terrores; siempre que creo verlos me dan impulsos de gritar y huir.

«Pero es preciso trabajar para vivir. Sonrio, saludo, envío un beso, y á las doce arrojo lejos de mí tan mentirosas galas, para vestir de nuevo mi deslucido traje de percal. ¡Bah! ¡cuántas mujeres, sin verse obligadas á ello, se fingén bellas y coquetas, envueltas entre engañadoras gasas y joyas.»

## EL HADA AMOROSA